

Introducción

Los arqueólogos estudiamos personas. Durante mis años de formación como arqueóloga, escuché esa afirmación en innumerables ocasiones, marcando profundamente la perspectiva desde la que se abordan las comunidades que aquí se estudian. Sin embargo, y en cierta manera, creo que al llevar a la práctica dicha aseveración, en algunas ocasiones la arqueología ha fracasado, perdiéndose en un mar de datos, estructuras, artefactos, decoraciones o hechos históricos, y olvidando así las personas que hay detrás de esos objetos y hechos. La vocación de este trabajo surge de la querencia de poner el foco sobre la gente, quizá, porque me formé en el Equipo Arqueológico de Numancia que dirigía Alfredo Jimeno, en el que durante los trabajos de campo y laboratorio o las actividades de difusión, siempre éramos capaces de *ver* a las personas, mientras que cuando me enfrentaba a las publicaciones científicas, no las encontraba.

Esta búsqueda no ha estado exenta de dificultades. En primer lugar, las inherentes a nuestra disciplina y relacionadas con el registro material, desde sus alteraciones y estados de conservación, al modo de obtención y documentación, ya que gran parte de las intervenciones de la zona del Alto Duero, salvo magníficas excepciones, se realizaron en el primer tercio del siglo XX y carecen de contextos claros, cartografías, descripciones o inventarios. En ocasiones, ni tan siquiera conservamos los objetos, que se encuentran en colecciones privadas, fueron entregados como regalos o simplemente han desaparecido. Otro problema es la perspectiva desde la que se han abordado. Existen algunos estudios diacrónicos de algunas formas de cultura material, como son los tipos de asentamiento, las fortificaciones, las fibulas o el armamento, cuyo fin último son los propios objetos estudiados, olvidando la intencionalidad con la que éstos fueron creados y cómo influyeron en las vidas de aquellos que los hicieron, los exhibieron o, simplemente, los vieron.

En algunos casos, las cronologías y las secuencias materiales se han difuminado en pro del discurso, utilizando objetos de fechas concretas para explicar costumbres o tradiciones descritas en los textos grecorromanos o procesos sociales con varios siglos de diferencia, como ocurre con las “diademas” del marqués de Cerralbo, las acuñaciones de monedas en cecas indígenas o las téseras de hospitalidad, a las que más adelante aludiremos. Este hecho, junto a los problemas propios del registro material, ha dado lugar a que ciertas etapas sean muy difíciles de caracterizar, como son los cambios entre la Edad del Bronce y el Hierro, el surgimiento de las ciudades o los siglos en torno al cambio de era. Además, a esto se ha de añadir la práctica de estudiar determinados conjuntos

materiales de forma aislada, perdiendo en ocasiones la conexión entre conjuntos tan inseparables como el ámbito funerario y el mundo de los vivos, lo que ha provocado visiones sesgadas del conjunto. Por ello, este estudio aboga por una visión holística del registro, conciliando testimonios de diversa procedencia articulados en un mismo discurso, en el que combinaremos datos espaciales y de la morfología del terreno, con elementos materiales desde las fortificaciones a los objetos documentados en el interior de una casa o una tumba, así como ejemplos procedentes de la antropología, la etnoarqueología, la etnología u otros momentos históricos que nos ayuden a entender, profundizar e ilustrar determinados contextos sociales, aunque sin pretender en ningún momento realizar analogías directas con los grupos humanos de otras regiones o tiempos.

Para finalizar, es preciso señalar que la Historia en general, y la Arqueología de la Edad del Hierro y el mundo celtibérico en particular, son cosa de hombres. Existe un acusado androcentrismo en todos los ámbitos, desde lo estudiado a los que lo estudian. Son pocas las investigadoras que se dedican a estas cuestiones y están en la primera línea de referencia y, aún, son menos las mujeres visibles en los relatos arqueológicos o históricos. Por ello, me parece de vital importancia visibilizar el papel de las mujeres a través de estas páginas, primero como reivindicación de su papel como sujetos sociales activos, y segundo, como medio para entender a estas comunidades de forma integral, donde los mecanismos y estrategias influyen y son influidos por los devenires y agendas de mujeres y hombres, jóvenes o viejos. Sin embargo, y como dice el dicho popular, “Para correr, antes hay que aprender a caminar” y todas estas aproximaciones, con sus virtudes y sus defectos, son las que nos marcan el privilegiado punto de partida en el que nos encontramos. Sin esos estudios previos no podríamos hacer frente al principal objetivo de esta monografía: entender a las personas que poblaron el Alto Duero durante el primer milenio a.n.e.

Este trabajo fundamenta sus bases de una arqueología con vocación simétrica. Desde una perspectiva diacrónica, las comunidades de la Edad del Hierro se analizarán en términos de identidades y poder, de modo que nos permitan profundizar en cómo las personas construyen las diferentes facetas de sus identidades y cómo éstas funcionan, así como los mecanismos y relaciones del poder dentro del entramado social. Para ello, voy a utilizar una aproximación con diferentes escalas, dependiendo de las necesidades del discurso, descendiendo de lo más general a lo más concreto, del paisaje a la persona, de lo material a lo social.

Comenzaremos con un primer capítulo que, tras esta declaración de intenciones, repasa los principales hitos en la arqueología del Alto Duero como un punto de partida. Posteriormente, se definen los límites cronológicos y espaciales a los que se ciñe este trabajo y se caracterizan brevemente. A continuación, se concreta y define el marco teórico y las herramientas utilizadas, reflexionando sobre una serie de conceptos clave para la interpretación.

Una vez sentadas las bases teóricas y metodológicas, pasamos al estudio propiamente dicho, estructurado en tres capítulos que se corresponden con las tres etapas cronológicas definidas para este periodo y región. El volumen de datos disponibles para cada periodo ha condicionado enormemente la extensión y el tratamiento de los mismos. Cada uno parte de un análisis físico a escala de paisaje que nos permita aproximarnos a las características propias y las construcciones que del mismo se han realizado en los diferentes periodos y regiones. Tras ello, nos adentraremos en los asentamientos y las casas, los espacios funerarios y los enterramientos, para entender las diferentes construcciones sociales e identidades de las personas. Posteriormente, ampliaremos nuevamente el *zoom* para estudiar los mecanismos de poder y sus profundas relaciones con las identidades a partir de sus medios, mecanismos y resultados en el gobierno de las comunidades y las relaciones de autoidentificación que derivan de la colectividad. A modo de conclusión, el capítulo final compila y resume las claves principales de este trabajo.